

tienda muy... bancos de sacristía, sombra, en que la clientela espera a rezagos en que los tajos en que consiste su arte de guillotinar de cuartos y medios kilos.

Un vivo olor a sebo unta los olfatos, pero todo dice que allí está el secreto de persistir viviendo.

Al pasar por la carnicería los hidalgos retienen con complacencia la tentación llena de calorías. Si alguno abomina de la vianda, presiente lo que de hogar verdadero hay en el gran puchero de la carnicería, puchero-resumen del pueblo al que dan substancia diaria por más que presuma sean los chorizos colgados en carnavalesco rosario de grandes cuentas, haciendo guirnalda de verbena alrededor del mostrador.

La carnicería, para no ofender mucho a los hambrientos o a los que se disimulan el no comer, se guarece debajo de un soportal, armándose de un sigilo sin escaparates y mostrando el capital esencial rígido sobre la mesa como jamón de vaca.

¿Quién sabía sin mucho preguntar que aquél era día de sesada? Todo se recataba en el mostrador, dispuesto a la transacción y la tajada, pero sin exhibición ninguna.

Damián trabajaba como buen sordo a la chita callando, esparciendo el chitón a su alrededor, contagiando la nave de silencio. Sólo algún machetazo resplandecía de ruido, pero él procuraba darlos de través, como quien degüella más que como quien taja.

Cara de pálido martirizador chino tiene el matarife castellano, pero él la soporta con discreción, hablando muy bajito con un hilillo de voz, así como las miradas de sus ojos pequeños tenían dos hilillos de mirada.

El sordo guardaba en el cofre rotundos caudales con la discreción del más callado banquero, lo que recibía por su seguro comercio, comercio de valores lo menos nominales que se conocen. Sólo se iluminaba el rostro de Damián en su corral, cuando pasaba a los adentros de sus corraladas y se paseaba dando saltitos de placidez sobre la alfombra mullida de su estercolero.

En el corral aquel se explayaba el espacio como en ningún sitio y se hacía una pausa en la claridad. La expectación solitaria que habita los corralones se replegaba junto a las tapias y buscaba lo soterrado del bajetón soportal de entrada, a cuyo anfiteatro se asomaban alguna vez, sobre las últimas tejas, los pajarracos negros del ansia proterva.

Precisamente en el soportal, y como abrevaderos para el morir, tenía los pesebres en que mataba a las víctimas, recogiendo allí su sangre cuando no despreciaba ese escándalo de la muerte y lo dejaba ir por un arcaduz rojiza ya, a prueba de sangres en que aun estaba fundida la vida.

El corralón de Damián figuraba en muchas imaginaciones como insistente calvero de los pensamientos, como disolvente del abuso que se hacía en plazoleta al tener ese acuerdo.

Como un agujero que se hacía en el cielo y en la tierra resultaba aquel corral del pobre Damián, que era como llamaban a aquel hombre mínimo. En la masa del mundo se hacía aquel hoyo claro, y de allí aquel viento de los que se enfrentaban con el por primera vez. Sobre todo en los chicos, que querían unos cuernos para jugar al toro y que eran pasados al corral para que dijeran qué cuernos les gustaban, el repelón del gesto era chocante y se les veía ponerse turulatos como si se hubieran asomado a la huesa

plena fiebre gusanos en redondelos de corrupción.

Damián parecía gozar en presentar chicos a su amplio corral, como aplicándoles un nuevo sacramento en que se mezclaba el susto de la vida y de sus cementerios. Sabía que impresionaba la placa más viva en sus corazones infantiles.

El tripajo del mundo, una interminable tripa que daba vueltas de bajo de tierra, se albergaba en aquel reposorio de detritus lleno de almas muertas, de balidos últimos, de mugidos postreros, de ese chirrido de gozne de puerta que es el grito específico de las cabras y ese gruñido desesperado con que quieren llamar la atención de la justicia suprema los cerdos.

Damián salía a la luz de su corral como a la plaza de toros de su profesión o como al jardín de los suplicios de al casa de déspota chino que tenía.

Era dueño de aquel corral en que se vengaba de la sordera que le había impuesto la vida, sumiendo muchas vidas en mayor sordera, anadando seres, revolviendo con la tierra el bandullo de mil víctimas.

En aquel esclarecimiento de su corral oía y percibía la conciencia de la muerte y se sentía verdugo sin antipatía, amable pasante de almas en su conducción al otro mundo, verdadero pastor de blancas almas hacía las nubes deseadas donde han de pacer vellones de nube.

Algo de lago o mar de muerte tenía el gran corral, y él se complacía en ver aquella alarma de catástrofe o naufragio que en el rico estercolero se representaba y de la que era protagonista alguna calavera de picudo hocico que sobresalía entre el oleaje de mondongos y arterias.

El pueblo vulgar, equilibrado en una especial inexistencia, con corrales simples de gallinería, era alrededor del corral del matarife como un ingenuo coro de casas en las que no había aquella representación de tragedia que en el corral, que era como secreto cementerio en el que la antropofagia de los hombres sólo había dejado los huesos. ¿Qué desdén tenía Damián a los hombres pacíficos que creían no haber incurrido en ninguna voracidad!

El les preparaba a todos las víctimas que iban a buscar, seguros de encontrar sus despojos, todos los días, y él veía la magnitud de la mortandad a solas en su corral iluminado ya por la luz lívida del juicio final.

Damián, por otro lado, sentía corintimo regodeo las metamorfosis que toda aquella corrupción iba sufriendo, convirtiéndose en rico abono de la mejor clase y la más cara.

Damián oía el regurgitar de cráter vital en que se confabulaban todos los desperdicios de la matanza, sentía que su ir ahorrando acrecentaba sus intereses en el corral, esperanzado con nuevas víctimas hambriento con esa voracidad última que tiene la tierra y que sin fiereza ninguna, sin que saque la zarpa, la voracidad más profunda.

El hombre color manteca de cerdo aquel tipo de tocador de violín que era Damián, se reservaba para abrir los ojos en su gran posesión en aquella playa de muerte, repleto con satisfacción y sintiéndose como abonado y fertilizado por muchos años por el cimiento de su propio corral.

Castilla, alrededor del corral catastrófico del matarife, se extendía como pan seco que quisiera guisar entre sus dos mitades algún pedacito de carne.

Juan de la Serna

Madrid, Noviembre de 19